

Meschinnic, Henri. (2017). *Para salir de lo posmoderno*. Tinta Limón.

Andrés Osorio Valdivieso^[1]

El texto *Para salir de lo posmoderno*, de Henri Meschonnic, se convierte en uno más de los pocos libros traducidos al español de este poeta, traductor, ¿filósofo? francés, muy difícil sino imposible de encasillar en alguna etiqueta preformada debido a su incisivo y radical pensamiento que resquebraja muchos presupuestos y aporta valiosas novedades a la teoría de la traducción, la filosofía, la teoría literaria, la psicología, la lingüística, sociología, antropología histórica del lenguaje, etc. Se trata de un libro que, para ser leído, obliga la revisión de otras obras como *Modernidad* o *Un golpe bíblico para la filosofía*, en donde desarrollará su lectura crítica de la convencional, filosófica o sociológica lectura de la “modernidad” y abrirá el camino para pensar la modernidad de la poética, del arte y la literatura, cuyo efecto inmediato plantea una reorganización de las teorías sobre el lenguaje —predominantemente provenientes del campo de la lingüística y la semiótica— y los efectos éticos y políticos que comporta su asimilación.

De ahí que el texto plantee como “punto de partida” una definición de lo postmoderno equivalente a la incapacidad de entender dos categorías: el poema del pensamiento y el pensamiento del poema. El primer sintagma tiene que ver con la aprehensión poética y creacionista del pensar. Más allá de una supuesta y pretendida

racionalidad sostenida desde los griegos y enarbolada y esquematizada por la modernidad en Europa desde el siglo XV, no sin la asimilación teológica de la Edad Media, el pensamiento para Meschonnic se produce en la dimensión de lo absolutamente creativo, y la verdad, por supuesto, no tiene que ver con la *adaequatio intellectu* res sino con la posibilidad misma de producir dimensiones y realidades con las que mantenemos estrechos lazos entretnejidos en medio del olvido de que son “solo” construcciones lenguajeras. El segundo sintagma, por su parte, advierte lo que para la teoría del lenguaje y la concepción de la “modernidad” conlleva hacer del “poema” un objeto de pensamiento y extraer de él todas las consecuencias pensables acerca de lo humano, la subjetividad y su relación con su entorno social.

El término posmodernidad es generalmente asimilado bajo una concepción temporal cronológica, es decir, primero fue la modernidad y solo después adviene lo “pos”. En esa lógica y bajo esa secuencia, después de lo pos debiéramos esperar lo “pos, pos” o lo “ultra” moderno. Meschonnic toma distancia de tal lectura del tiempo y la historia y propone la necesidad de pluralizar la modernidad (pensar las modernidades), y en esa vía pensar la reinención de la modernidad a partir de una de las modernidades (la modernidad poética). Reinventar la

1 Universidad Central del Ecuador / Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. Estudios de pregrado en Psicología Clínica y maestría en Ciencias Sociales. La experiencia profesional la divide en la clínica, docencia e investigación. En cuanto a estas actividades, tiene particular interés por la teoría y práctica del psicoanálisis, y sus incursiones investigativas tocan la historia e investigación crítica de la medicina, la psiquiatría y la psicología. Email: andres_osoriov@yahoo.com

modernidad conlleva relativizar la modernidad filosófica y su sujeto (sujeto de conocimiento) fundamentalmente ensamblado y consolidado en el “siglo de las luces”. Por ello el término “modernidad” no es de por sí criticable, sino la retórica en la que se ha construido como unidad ontológica que no tuviera diferencias constitutivas. La modernidad entonces no debe superarse sino reinventarse de la mano de la poética, a partir de la modernidad de la poética.

“Modernidad de la Modernidad” es el sintagma propuesto por Meschonnic para nombrar a la modernidad de la poética, cuya propuesta para “salir de lo posmoderno” conlleva la articulación de la teoría del lenguaje, del arte y la literatura, la ética y la política, anudados, enlazados en “continuidad” en una frontal crítica al paradigma y concepción común del lenguaje centrada en el “signo” lingüístico. Al “signo” lo define como una conceptualización de lo discontinuo entre el sonido y el sentido, la voz y lo escrito, el cuerpo y el lenguaje, las palabras y las cosas, individuo y sociedad, lo vivo y el lenguaje, es decir, como una concepción dicotómica que no pone en relación de “continuidad” a estos pares de (aparentes) opuestos. En ese sentido, la conceptualización del signo implica un modelo de comprensión del lenguaje, un modelo antropológico, filosófico, teológico-político y social, un paradigma de lo discontinuo, que no pone en relación a los términos, y que la poética y “lo continuo” (en su relación a lo “discontinuo”) permitiría superar.

Lo “continuo” para Meschonnic implica una teoría crítica del sujeto, del discurso y la historicidad. Respecto al sujeto y su crítica necesaria propone tomar distancia del sujeto filosófico (sujeto del conocimiento) cuya matriz axiomática se sostiene del sujeto y objeto de conocimiento; criticar también al sujeto psicológico que en su cercanía al filosófico postula la centralidad

de la conciencia, de la voluntad y de su unidad ontológica, sujetos estos contruidos en y por la modernidad filosófica; de ahí que la “modernidad de la modernidad” como modernidad de la poética produzca el “sujeto del poema”. El sujeto del poema implica y se sostiene del discurso, es decir, aquella dimensión del lenguaje que, si partimos de la diferenciación saussureana, entre lengua y habla, está definida por el habla y la relación particular y absolutamente inventiva de la lengua. No hay lengua común, hay asimilación singular de la lengua en cada sujeto, y por ello el discurso es “el proceso de subjetivación del lenguaje” (Meschonnic, 2017, p. 158), una actividad de inscripción constante y absolutamente singular en el lenguaje. El discurso implica al sujeto de la enunciación, a la actividad enunciativa que transforma el lenguaje en cada uso que realiza del mismo. Por ello, el poema nos pone frente a un objeto que no puede ser entendido sin el sujeto que lo produjo y que lo marcó no solo con su apuntalamiento significativo, no solo con su interés por significar sino también con su “ritmo” e historicidad hablante, siempre ahí, presente, el presente continuo que no deja de inscribir sujeto (“historicidad radical” denomina Meschonnic).

Un poema es ante todo lenguaje subjetivado, implica una “semántica sin semiótica”, tal como rescata Meschonnic a Benveniste. La significación no proviene de la lengua sino de la relación del sujeto con la lengua, y en ese sentido, la significación depende, pende del sujeto que a su vez es producto y productor del poema. El poema más allá de la semántica que pone en juego implica un sistema de discurso que produce sujeto, sujeto del poema. El poema, podría decirse con Meschonnic, es una objetivación del sujeto, pero que no puede ser asimilado sin el proceso de subjetivación del lenguaje inherente al discurso; por ende un

poema deviene en un proceso de subjetivación de una singularidad hablante y escribiente.

El poema deviene entonces en una puesta en continuidad de un cuerpo en el lenguaje. No es el signo o los signos los que determinan la significación sino la actividad enunciativa que produce sujeto y poema. Al decir de Meschonnic, Mallarmé representa la modernidad de la poética cuando rescata de su poesía la definición de la misma como un “evocar poco a poco un objeto con el fin de mostrar un estado del alma, o inversamente, elegir un objeto y extraer de él un estado del alma, por una serie de desciframientos” (Meschonnic, 2017, p. 95). Es decir, Mallarmé revela el “pensamiento del poema”, el sujeto del poema, el sujeto en el poema, en lo enunciado, en lo escrito.

Así como Mallarmé es un puntal de la modernidad de las artes y la literatura, Baudelaire es la “modernidad-Baudelaire” (Meschonnic, 2017, p. 155). Para Meschonnic, el gran poeta parisino pone en juego una ruptura con la modernidad filosófica del siglo de las luces, y abre a través de su escritura la concepción de lo moderno en las artes y la literatura. La modernidad en Baudelaire implica la superación de la idea —vulgata de las vanguardias del siglo XX— de lo moderno como lo opuesto a lo antiguo, como “no antiguo”; al contrario, lo moderno implica la puesta en juego de la lógica de la “continuidad” del sujeto y el objeto, del mundo exterior y el artista, que no pudiendo concebirse de modo separado hacen decir al poeta que el “arte puro [...] es crear una magia sugestiva que contenga a la vez el sujeto y el objeto, el mundo exterior al artista y el artista mismo” (Meschonnic, 2017, p. 154). ¿Consecuencias? La modernidad de la poética hace que en el poema se reconozca al sujeto, su decir, su ritmo, su escritura.

Ahora bien, estas elaboraciones tienen también consecuencias éticas y políticas. El

sujeto del poema nos pone ante la consideración de un sujeto ético y político. La modernidad, y sobre todo, la postmodernidad, deben ser criticadas desde la reconceptualización teórica del lenguaje y la poética. La modernización y su tendencia universalizante, de la mano de la tecnociencia, la ideología del progreso-desarrollo y su capacidad de dar forma a la vida social, conlleva la práctica constructiva de sentidos compartidos y tendientes a generalizarse. La organización política implica la disputa por el sentido único que debe imponerse sobre las cosas, sobre la realidad. El ejercicio del poder se sostiene de la elaboración de sentidos y de su imposición generalizada. Para Meschonnic, la concepción que occidente ha construido sobre el lenguaje, centrada en el “signo”, no permitiría reconocer que la realidad no es un apriori, y que más bien es un efecto de construcción semántica que no puede entenderse sin su conexión con el cuerpo y con el mundo en que ha emergido. El poder es algo que se sostiene del desconocimiento de la arbitrariedad en la producción de sentidos de la realidad, el poder usufructa de la confusión de que las cosas hacen a las palabras y no al contrario. De ahí que pensar el sujeto del poema es pensar el resquicio por donde el poder se quiebra. El sujeto del poema evidencia, desde aquella ética de lo absolutamente singular, de que la realidad o realidades son producciones relativas de sentido, que hay la posibilidad de interrogarlas, y que hay la posibilidad de decir y vivir otra cosa.

Para salir de lo postmoderno entonces, es necesario primero salir de la concepción dominante de lo moderno, de la modernidad hablada desde la filosofía y la sociología, que entre sus vericuetos y extravíos han construido a la hermana postmodernidad. Para salir de esta, según Meschonnic, hay que escuchar y llevar hasta las últimas consecuencias a la modernidad de la poética.